

He dicho antes de ahora, que las aficiones literarias de México no se traducen únicamente en sociedades como el *Liceo* y otras del mismo género en la capital y provincias de la República.

Muchas casas particulares, he asegurado también, sirven de punto de reunión á poetas y escritores en determinados días de la semana para alternar con la música y la amistosa charla de los profanos, la lectura de trabajos interesantes en prosa y verso.

De estas veladas, semejantes á la extraordinaria que he referido, en casa de Don Rafael Angel de la Peña, Secretario de la Academia Correspondiente de la Española, recordaré

siempre algunas á que asistí con verdadero placer, porque se prestaban al mejor estudio de la sociedad mexicana y de los más aventajados poetas de aquella tierra.

Por su carácter de intimidad, citaré primeramente las veladas que allá por el año de 1892, daban mis inolvidables amigos el Licenciado Don Eduardo Ruiz y Don Bernabé Bravo, altos funcionarios públicos á quienes el austero cumplimiento de su deber no ha impedido el cultivo literario en que sobresalen como prosadores muy inspirados y muy correctos.

Gutiérrez Nájera, alguna vez con su brillante pluma describió las tertulias de *Figarete*,—Bernabé Bravo,—en las que se gozaba mucho alternando la lectura de una composición en verso con una copa de rico vino, y la crítica de un libro nuevo con un vals de los que María sabía obsequiar á sus padres los dueños de casa, y á nosotros también, venciendo su angelical modestia esa niña.

Don Eduardo Ruiz, trataba familiarmente á casi todos los jóvenes poetas de la capital; y cuando después de sucesivas lecturas nos

invitaba á tomar el café de su hacienda *Uruápam*, el mejor sin duda de la República, dejábase oír una exclamación de alegría. El café de *Uruápam*, era la señal de que terminaban las recitaciones literarias y de que podían las lenguas juveniles principiar á batirse, criticando los trabajos que se acababa de escuchar entre murmullos, toses ó aplausos. Era entonces el deleitarse con las juiciosas observaciones de Luis González Obregón, Ezequiel A. Chávez, José P. Rivera y otros mozos ilustradísimos, que pugnaban por mantener la conversación en el tono serio, y las agudezas de Angel de Campo y Alberto Michel, que todo lo trastornaban buscando para reír el lado cómico de las cosas. Triunfaban casi siempre estos últimos, confundiendo con su ingeniosa charla en una misma alegría á todos los concurrentes.

Angel de Campo,—*Micrós*,—es autor de preciosos artículos de costumbres, y Alberto Michel, de composiciones jocosas muy celebradas. Á estos dos jóvenes que con su traviesa y ejercitada plumaganan dinero, podemos llamarles, sin embargo, una excepción

en México, país bravío y á la vez sentimental donde la vena chistosa no hace fortuna.

A los mismos tertulios de Bravo y de Ruiz, encontraba los miércoles en casa de Don Enrique de Olavarría y Ferrari. Allí la concurrencia, mucho más numerosa y compleja, daba á las lecturas cierta solemnidad imponente. Hermosísimas damas, aplaudidos artistas, políticos encumbrados, fraternizaban con los jóvenes literatos que hacían, por supuesto, el mayor gasto de ingenio en esos salones.

Don Enrique de Olavarría y Ferrari, es autor de varias obras que le han conquistado fama. A más de sus *Episodios nacionales*, en el tomo 5° de *México á través de los siglos*, debido íntegramente á la pluma de Olavarría, puede admirarse la vasta erudición y talento de este escritor. Sobrino de don Modesto de la Fuente, ocupa entre los mexicanos, Olavarría y Ferrari, el lugar que corresponde entre los españoles, como historiador, á su ilustre tío.

Hombre más bondadoso y amante de la juventud ilustrada que Olavarría y Ferrari, no he tratado en parte alguna de América. Respondan por mí, José María Bustillos, En-

rique Fernández Granados, Rafael de Alba, Manuel Larrañaga Portugal, Guillermo Vigil y Robles, Enrique Santibáñez, Agustín Alfredo Núñez, Luis Godard, Joaquín Haro... los mozos todos, en fin, y las hermosas niñas que de la casa de Olavarría y Ferrari hacían entonces, con el brillo de las letras y de las artes, un nuevo Olimpo.

La música tenía en esas veladas, un representante femenino que entraba en la superior categoría de genio. Elena Padilla, cuando se sentaba al piano hacía enmudecer á todos, porque no hay hipérbole en afirmar que esta criatura angelical hasta por su figura, posee en el piano la ejecución maestra de Rubinstein, sublimada por las inspiraciones de una vidente.

Artistas europeos de nota se han sentido turbados en presencia de Elena Padilla, declarando á esta niña un verdadero prodigio de la naturaleza. *Gloria nacional* la han llamado mil veces y con razón, los periódicos mexicanos... ¿Por qué no recordarla yo, en este libro, al lado de otros amigos con quienes ayer gocé de felicidad?

En casa de Olavarría y Ferrari conoci también á Francisco A. de Icaza, joven poeta, Secretario de la Legación Mexicana en Madrid, donde se le hace justicia por su talento y gusto literario exquisitos.

La reserva y frialdad diplomáticas de este caballero en la noche que le fuí presentado, no me permiten llamarlo amigo. Tengo, no obstante, la satisfacción de señalarlo al mundo sud-americano para quien escribo estas páginas, como uno de los ingenios más cultivados y nobles entre sus contemporáneos de México.

Es de Icaza la composición siguiente, recitada por un admirador suyo, en una de las veladas de Olavarría:

Este es el muro y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
con frase ingenua citas de amores:
dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,

en aquel sitio de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
“Tú no comprendes lo que te quiero.”

Junto á las tapias de aquel molino,
bajo las sombras de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: “¡Que no me olvides!”

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas nuevos amores.

Actuación literaria, paseo campestre, franchela amistosa, casi no tuve en México donde no me encontrase con José María Bustillos, el aplaudido y fecundo vate que en pocos años se ha impuesto á los más descontentadizos críticos de su patria.

Este joven no es *una esperanza*, como vulgarmente se dice de los que principian con grandes bríos. Sus trabajos poéticos, numerosos y ricos de inspiración, exhibenle ya como un poeta formado, de los que han sen-

tido más de una vez acariciar su frente por un rayo de gloria.

La asistencia de Bustillos á cualquier centro amigo, reclamaba forzosamente, una recitación de sus versos. Lo mismo en casa de Olavarría que en las de Bravo y de Ruiz, ó bajo los árboles de *Ixtacalco*, el risueño é histórico pueblecillo donde solíamos almorzar una veintena de literatos, dejábase oír la voz de José María Bustillos ante el apremio universal de los concurrentes.

¡Cuántas composiciones suyas, como *Las novias*, hemos allá aplaudido con entusiasmo!

Se va cantando la ilusión primera:
¡el ideal de la niñez riente!
Se va después la virgen inocente:
¡el ideal del alma en primavera!

Se va tras ella, la mujer sincera,
y la siguen la tímida, la ardiente...
¡Todas se van! y el alma indiferente
al mirarlas partir, calla y espera.

¡Queda la juventud!... Enamorada
nos sigue, con sus besos nos agobia
y al festín de las dichas nos convida...

¡Y se aleja también, triste y cansada!
que es ¡ay! la juventud, la última novia
que engaña al corazón y que lo olvida.

Este amargo pensamiento con envoltura tan dulce, por sí sólo está revelando á un poeta de mérito.

Nada hay más viejo que el llanto por la juventud perdida, nada hay más fatigoso que esas tiradas líricas sobre la muerte fatal de sus ilusiones. ¿Cómo no sentirse, pues, sorprendidos por la novedad que presta Bustillos al antiquísimo tema, llamando *última novia* á la juventud?

Fué Bustillos mi compañero en varias visitas que hice á Rosario, la pseudo victimaria de Acuña, y guardo de él, como de aquella interesante mujer, un recuerdo afectuoso que no entibiarán los años.

Luis G. Urbina, el melancólico bardo, solía, muy de cuando en cuando, obsequiarnos con su presencia en esas fiestas á que acudían gustosos sus compañeros del *Liceo* todos los miércoles. Enamorado tal vez, Urbina, en aquella época, me fué muy difícil

hablar con él tan frecuentemente como deseaba.

Hojeando el álbum de una señorita, hallé estos conceptos de Urbina que pintan mejor que nada, el estado de su alma por ese entonces.

Pasó mi primavera: está marchito
el puñado de flores que tú arrancas;
mas, sueño todavía en lo infinito
y amo las cosas blancas.

Busco lo bello; solo y olvidado
aún tengo horas serenas;
y soy el misterioso enamorado
de musas castas y de niñas buenas.

Este poeta es de los más aplaudidos por la aristocracia del bello sexo, no obstante la vida que lleva de incorregible bohemio, odiando el lujo y las imposiciones frívolas de la moda. Urbina no se resigna al prosaísmo de la vida actual; es un bardo antiguo, que transportado violentamente á las ciudades modernas, echa de menos los castillos almenados, las justas caballerescas, las ojivales ventanas donde asomaban en noches de luna, doncellas vestidas de blanco

para escuchar á los trovadores dulces como él. Urbina es uno de esos poetas verdaderamente sentimentales, que, amando la existencia romántica de otros tiempos, maldicen hoy el mercantilismo que les rodea, no se acostumbran al ruido de los tranvías y coches, y viven, puede decirse, huyendo del estrépito de las calles.

La edad, que suele cambiar las costumbres del hombre, llega á veces hasta modificar su temperamento. ¿Qué tendría de extraño un cambio radical, mañana, en este poeta?

Tiene ya asegurada la simpatía de las mujeres, Urbina, por esa delicadeza profunda que hay en sus versos; delicadeza femenina, sin la cual no pueden transparentar sus sentimientos algunos hombres, por otra parte muy valerosos y enérgicos.

Á veces la sombra que habito, se alumbra
y rompe un instante la negra penumbra
un rayo de luz,
cual suele de noche fugaz meteoro
rayar en el cielo con línea de oro
el pálido azul.

Entonces mi obscura memoria se agita,
y surge un recuerdo que tiembla y palpita
cual pájaro herido que quiere volar.

Mis sueños se avivan, mi mente se inquieta;
sacudo el letargo, me siento poeta,
y entonces... entonces me pongo á cantar!

¿Expresión más feliz queréis, del fenómeno de la concepción poética en el cerebro de Urbina, hecha por él mismo en rima tan bella?

Jose Peón del Valle, hijo del muy notable lírico José Peón y Contreras, de quien me he ocupado en otro capítulo, es un amigo entusiasta de Urbina, contrastando sin embargo con él, por la índole de sus producciones. Peón del Valle, jóven de fisonomía hermosa y simpática, ha comenzado su carrera literaria brillantemente. Tiene composiciones de carácter histórico, cual la que sigue, denominada *Agripina*, bastantes á asegurarle un puesto muy levantado entre sus colegas.

Estancada para siempre
la ardiente sangre en las venas,
está inmóvil Agripina

sobre una piel de pantera.
Nada perturba el silencio
de la augusta estancia regia,
en la que arde triste y sola
débil luz que parpadea.
Á su fulgor, sobre el fondo
de la piel dorada y negra,
vigorosa se destaca
la desnudez de la muerta.
Son los senos, como nieve
de alta cima que refleja,
cuando el sol brilla en Levante,
rayos de luces bermejas.
El blanco vientre divide
en gruesos labios abierta,
honda herida, rojo surco
de ancha espada en fuerte diestra.
Cárdena cinta de sangre
resbala por la cadera
que irreprochable se comba
en curva de lira griega;
y á trechos, en aquel cuerpo
más pálido que la cera,
se ven cual jaspes de mármol,
livideces cadavéricas.

Se abrió en dos el cortinaje
de púrpura de la puerta,
y apareció en el sombrío
hueco, sombría cabeza.
Bañó la luz moribunda
roja barba, corta y recia,

amplia frente, y también roja,
ensortijada melena.

¡Nerón!

Las torvas pupilas
enclayó en su madre muerta,
y se hincharon sus narices
y se fruncieron sus cejas.
Largo tiempo admiró mudo
aquellas formas espléndidas,
y con los labios crispados,
con la mirada siniestra,
por el deseo turbada
y de vil lascivia llena,
murmuró, tras sí cubriendo
con la cortina la puerta:

— “¡Imbécil! Tarde lo supe...”

“¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa era!

Las veladas de Olavarría y Ferrari brindán-
dome están la ocasión de hablar de algunos
poetas más, jóvenes como los anteriores,
sobresalientes por la riqueza del estro en esas
veladas que parecían torneos.

Rafael de Alba, talento escogido, de mara-
villosa memoria, con su habitual sonrisa se
me presenta dando lectura á estos cuartetos,
reflejo de la virilidad de la raza á que perte-
nece el autor:

Si sentís de ser grandes el anhelo,
aprended á sufrir grandes dolores.
Toca la frente del volcán el cielo;
pero no crecen en su cima flores.

¿Elevaros queréis?... Mirad la encina
que viste apenas con sus pompas Mayo.
Erguida el valle en su altivez domina,
pero la hiere en su tormenta el rayo.

¡Oh! corazones que el dolor arredra,
¡no pretendáis subir! Es ley constante:
sólo el buril al desgastar la piedra,
puede darle valor en el diamante.

Enrique Fernández Granados, es un mu-
chacho coloradote que no revela á primera
vista las magnificencias de su alma. Dema-
siado modesto, sencillo y bueno como una
criatura de once años, ruborizábase por los
estruendosos aplausos que arrancara más de
una vez ante público distinguido, con la lec-
tura de sus *Anacreónticas*.

Para juzgar á este poeta, basta conocer *El
vino de Lesbos*, composición de un corte griego
acabado y que es de una belleza originalí-
sima.

Si queréis de mi lira
oír los sonos,
dadme vino de Lesbos
que huele á flores.
Y si queréis que tiernos
amores cante,
venga Lelia á mi lado
y el vino escancie.
Pero, no en cinceladas
corintias copas,
porque el vino de Lesbos
se liba en rosas.
El Amor nos lo brinda,
y el que lo bebe,
arder en sacro fuego
feliz se siente.
Es dulce como el néctar
que en los festines
de Olimpo, Ganimedes
alegre sirve.
¡Que venga Lelia hermosa,
y sus hechizos
celebraré en mis cantos
bebiendo vino !
Veréis cómo la niña
si oye mis coplas,
me da el vino de Lesbos
pero en su boca . . .
¡ Porque el vino de Lesbos
se liba en rosas !

Amigo mío y de los mejores, debo á Fer-

nández Granados un recuerdo afectuoso que no embarga la justicia que le hago en este libro por su numen verdaderamente privilegiado.

A mi memoria, en tropel, acuden otros amigos poetas de quienes no poseo, por desgracia, trabajo alguno que presentar. Folletos, manuscritos, recortes interesantes de los que querría hoy servirme, han desaparecido infortunadamente de mi poder. Apenas se han salvado de un naufragio político con cuyos detalles no fastidiaré al lector, unas cuantas composiciones más, de Manuel Larrañaga Portugal y José Juan Tablada, notables inteligencias á que me concretaré para rematar esta jornada que es la penúltima de mi libro.

Larrañaga Portugal es un inspirado bardo, y lo conoceréis por las siguientes estrofas en que describe *La noche americana*, con pompas tropicales dignas de ella.

Trasmonta el sol. Los claros horizontes
vuelcan de luz espléndido tesoro,
y en las azules crestas de los montes
hay penachos de fuego y polen de oro.

La tarde soñolienta se reclina
en su almohadón de sombra; y de sus galas
ante el sol que al ocaso se encamina,
forma una hoguera en que incendiar sus alas.

¡ Oh majestad inmensa que precede
á la entrada triunfal de la tiniebla !
El blondo rayo huyendo retrocede
y de alas negras el confín se puebla !

Como el airón de guerreador perdido
que el postrero se va, la luz alumbra
de una nube el girón descolorido
que se arrastra y se hunde en la penumbra.

Entonces melancólica y callada,
al cadencioso ritmo de las frondas
en las que el ave enmudeció aterrada,
la sombra avanza en impalpables ondas.

Mas, no es la noche aún; la noche inmensa,
la de astros de oro, la que regia tiende
su clámide en la bóveda en que extensa
la nebulosa pálida se enciende.

Dejad que huya la luz agonizante
de que el sol al caer hizo derroche,
último dardo que quebró pujante
en el sombrío escudo de la noche.

Dejad que los postreros campeones
recojan del vencido los despojos;
la tarde avanza envuelta entre crespones,
del muerto rey para cerrar los ojos.

Levante su oración la virgen selva;
ya llegarán las hadas melancólicas,
y del ramaje que la bruma envuelva,
cadencias brotarán de arpas cólicas.

El ángel del misterio se adelanta,
se esfuma el monte, piérdese el paisaje;
todo lo negro surge, se levanta,
y zozobra en el fúnebre oleaje.

La noche llegó al fin. Sobre los cielos,
pensativa, callada, misteriosa,
tendió sus enlutados terciopelos
y destrenzó su cabellera undosa.

Es la hora de la unción; la eterna calma
de la soberbia noche. Es el momento
en que todo lo grande baja al alma,
y todo lo infinito al pensamiento.

¡ Salve! reina fantástica y sombría,
más bella que el albor de la mañana,
¿ qué tienes tú para opacar al día
¡ oh! mi soberbia noche americana ?

La inmensa lobreguez donde la errante
pálida estrella dibujó sus rastros,
tu diadema de soles deslumbrantes,
y la fría mirada de los astros;

Todo lo vago que á la mente aterra,
lo impenetrable, lo que no se nombra,
lo lóbrego en el alma y en la tierra,
y Dios en el imperio de la sombra...

José Juan Tablada, casi de la misma edad que los anteriores, pues no llega á los treinta años aún, nos da una muestra de la acción que ejerce el arte francés en boga, sobre los bardos mexicanos de última data.

Ese primor de la forma á que sacrifican tantos poetas noveles de nuestra raza la inspiración verdadera, esa banalidad, ó mejor dicho, ridícula ostentación de conocimientos exóticos, que ha malogrado ingenios muchos del centro y del sud de América, no se reconoce en Tablada, aunque éste espigue á veces como Rubén Darío y Gutiérrez Nájera en el campo francés y adorne su rica musa con los cintajos y plumeros decadentistas.

Fruición muy grande, por cierto, se experimenta, leyendo la composición *Abanico Luis XV*, en la que Tablada no tiene que envidiar las más perfectas copias que con la pluma se han hecho de las pinturas celebradísimas de *Wateau*.

Bajo las frondas de ideal Versalles
ó en los boscajes de algún Trianón,
entre floridas y angostas calles,
triste y pausada cruza *Manón*.

Dan á su paso los brodequines
de altos tacones, blando oscilar,
y su amplia falda de albos satines
fru-frus y aromas deja al pasar.

Hacia el estanque va taciturna,
donde á los rayos del áureo sol,
negros tritones vuelcan su urna
y airados soplan su caracol.

... En vano un lirio del vaso regio
prendió en las blondas de su corsé,
leyó los versos de un Florilegio
y al clavicordio tocó el minué.

Nada ha calmado su torva fiebre,
ni el blondo paje, ni el fiero halcón,
ni la diadema donde el orfebre
grabó los lises de su blasón...

Es que la hiere su enamorado,
y *Manón* llora su infiel deslíz ..
¡Por eso triste se ha doblegado
y palidece la flor de lis!...

Al dulce nido que los espera
ya no irán juntos llenos de amor,
en blasonada y azul litera
de las antorchas al resplandor!

Y ya en la ojiva llena de esmaltes
que orna el escudo noble condal,
no verán cómo los gerifaltes
cazan al vuelo la garza real...

Y *Manón* sueña... ramajes finos
tienden arcadas de pastoral:
¡Nunca crearon los Gobelinos
en sus tapices pastora igual!

¿Y en el estanque de tonos glaucos,
se irisa el chorro de un caracol...
y *Manón* sueña bajo los saucos
á los postreros rayos del sol!

Gracia muy especial y no vulgar ingenio se necesitan para reproducir así, con la pluma, el cuadro que tantas veces ha deleitado á una hermosa en los pausados vaivenes de su abanico. Esas muertas figurillas sobre la tela que se pliega en el varillaje, han dado tema al poeta para trazar un lindo cuento de amores. Y ¿cómo no aplaudirlo por su acabado trabajo artístico, superior al que fijase un pincel en el abanico?

La frivolidad de estos versos no puede disgustar á los enemigos del morboso estilo que cunde en la poesía de nuestros tiempos, porque *Abanico Luis XV*, se mantiene en el discreto límite de lo natural y lo bello. Nada hay en dicha composición de esa extravagancia, de ese pésimo gusto que lleva á algunos al empleo de frases rechinantes como bisagras enmohecidas, ó á chillonas pinturas é intercalamientos de voces griegas y asiáticas,

para darnos en resumen á conocer una fruslería.

Los que amen esa literatura de orfebres, ese género de briscado tan á la moda y del que Tablada nos presenta un ejemplar de los pocos que pueden llamarse buenos, deben mantenerse en el límite racional que se mantiene el joven autor de *Abanico Luis XV*, si confundirse no quieren con tantos otros, que hipertrofiando el lenguaje y dándose á exageraciones inadmisibles, piden desde hace tiempo á gritos, el manicomio.